

EL ESCULTOR ANDRÉS ALCÁNTARA: “EL VERBO HECHO PIEDRA”

Parafraseando el aserto evangélico, “el verbo se hizo carne”, al ver las esculturas de Andrés Alcántara puede decirse que “el verbo se hace piedra”. Tal lo he sentido yo desde que, hace ya unos quince años, conocí su obra y su persona. Es una sensación que nace de la imaginada percepción de que sus obras, su trabajo creador es, en realidad, la última fase de un proceso geológico que se inició hace millones de años, cuando -en una convulsionada evolución- la solidificación del magma originario dio forma y volumen al planeta en que habitamos. Desde entonces, las rocas, las piedras, han estado ahí, esperando que la mano de Alcántara sacara a la luz las formas que ellas guardaban en su interior y que las hiciera presentes y portadoras de emoción y de sentido desde todos los ángulos de visión.

Es el trabajo de Alcántara el de una especie en extinción: la de los escultores en talla directa, sin elementos intermediarios entre la materia primigenia y la forma final. Un trabajo a tumba abierta que no admite retorno ni corrección. Un trabajo que funde, ineludiblemente, ética y estética en un mismo impulso creador.

En un mundo cada vez más informado y, al tiempo, cada vez más deformado e ignorante, que menosprecia el proceso y el camino, y dónde sólo se valora el resultado rápido e inmediatamente rentable, el trabajo de Alcántara es un ejercicio místico de morosa y amorosa lentitud y reflexión. Un trabajo de paciente observación, de espera, de hacer y volver a observar, de esperar de nuevo y volver a seguir haciendo. Porque, si todos los escultores, como ya dijo Vasari a mediados del XVI, crean desbastando al bloque de piedra de lo superfluo y ocultador, Alcántara, además, ha de escuchar a las piedras, a la materia, ya que es ella quien le susurra y le inspira la imagen que ella oculta dentro de sí. Y sólo así es posible el hallazgo de un arte excepcional hoy día, un arte no desligado de lo humano, un arte que destila la poesía que la piedra esconde y que este artista traduce en formas y volúmenes.

Desde el primitivismo de sus *cabezas*, sus *guerreros*, sus *maternidades* y sus *torsos*, y sus *reyes* y *caballos*, -volúmenes que parecen estar luchando consigo mismos para tomar forma-, pasando por la estilizada y olímpica serenidad de sus *áfricas* y *diosas*, hasta llegar a la vuelta de tuerca de sus *dragones*, Alcántara, buceando en lo primordial, en las ideas-llave del inconsciente colectivo, en el mito y en la leyenda, nos ofrece poemas pétreos que inoculan en nuestra mente múltiples y dinámicos significados. Y ello con una técnica impecable y trascendiendo todos los estilos y referentes.

Comencé estas líneas diciendo que en la obra de Andrés Alcántara cabe sentir que “el verbo se hace piedra”. Quizá más justo y exacto sería decir que en sus obras, “*la piedra se hace verbo*”.

Joaquín Hinojosa